

El señor Menéndez Pidal...

(Viene de la página 172)

Pero convengamos también, después de todo, en que muchos eruditos hacen indigesto y desagradable incluso aquello que admite y aun requiere el aliño de la simpatía en la exposición y el comentario. La frecuencia con que se da el erudito que lejos de resucitar lo muerto mata lo vivo explica el desdén de muchos y la correlativa sorpresa cuando de pronto se hallan ante una airosa y atractiva construcción erudita. Como lo son — y en grado extraordinario — cualquiera de las muchas que debemos a don Ramón Menéndez Pidal — Poesía juglaresca y juglares, por ejemplo, o La España del Cid — y no son estrictamente técnicas. Bien es verdad que don Ramón Menéndez Pidal no es pura y simplemente un erudito. Es un científico que planea allá donde ciencia y arte se confunden al soplo de la creación estética.

La creación estética no es privativa del artista en sentido restringido. Lo hace ver la historia de la civilización universal en todos sus círculos, y no lo ignoraban los antiguos, puesto que reservaron un puesto entre las musas — el puesto de Urania — a la inspiración del científico. Esta musa realiza las esencias de la belleza austera por rigurosos procedimientos que tienden sobre todo a la precisión y a la exactitud. El estilo de un hombre de ciencia, cuando lo es y cuando lo tiene, confía sus efectos a la educación. El estilo de un filósofo o un naturalista puede ser bello, como lo es, por ejemplo, una llave, en función de su objeto propio. Hay una belleza de la utilidad y un estilo científico ceñido, congruente, exacto y veraz.

Naturalmente, el estilo de la ciencia — la didáctica, si nos gusta el vocablo — tiene también sus veleidades, y hace sus concesiones a la moda, al figurín del día. Sin salirnos del linaje a que pertenece D. Ramón Menéndez Pidal — razón inmediata de estas líneas —, nos hallamos con la esclarecida ilustración de Menéndez y Pelayo. No cabe duda que su prosa, rica, exuberante, cálida, es genuinamente romántica. Conserva toda la fronda pomposa y todo el ardor entusiasta de la generación ante-

rior. La prosa de Menéndez y Pelayo retiene modos y maneras, a nuestro juicio, de Castelar, de Michelet; de Macaulay.

Nos sirve el antecedente para definir por el contraste la prosa de Menéndez Pidal. Es muy otro el movimiento, muy otra la temperatura, muy otro el ornato. Menéndez Pidal posee el don de reanimar un momento de la cultura española, una figura representativa. Un texto sin pulso, al parecer, de los oídos tardos con la palabra justa: con el menor número de recursos posible. Así es de escueta y precisa la expresión del gran investigador y artista. Artista por ir más allá de las palabras y de los documentos, camino de la intuición adelante, hasta el corazón de las épocas. La Edad Media Española surge de sus manos de historiador, filólogo y crítico como un organismo vivo: como un Cid venciendo al tiempo y al espacio.

Porque la literatura no se reduce — con ser ya caudal precioso — a la poesía, la novela o el teatro es por lo que la Academia sueca ha discernido el premio Nóbel de literatura de vez en cuando a un científico de gran formato: una vez, a Mommsen el historiador; otra vez, a Bergson el filósofo. Ahora le llega la propuesta en favor de Menéndez Pidal. Ya serían bastantes sus títulos de investigador y Maestro. Don Ramón Menéndez Pidal ha nacionalizado, como es sabido, el estudio de las disciplinas científicas de nuestra lengua: ha creado escuela, anima en el Centro de Estudios Históricos un laboratorio activo y diverso de prestigio universal, cuenta ya un catálogo imponente de obra escrita, ha vitalizado la España medieval, ha rastreado fuentes, reconstituido textos, ilustrado mitos, esclarecido cuestiones múltiples que aprovechan a toda suerte de estudiosos: al jurista, al historiador, al gramático, al lector de nuestros clásicos, al espectador de nuestras costumbres... Pero ha llevado a todo eso el poderoso aliento del poeta que crea emociones y hace verdad. España lanza su nombre a Estocolmo, y es seguro que a la candidatura de Menéndez Pidal no faltará apoyo alguno.

M. Fernández Almagro

Estampas

**¡Cuidado si se nos va de las manos el muelle de Puntarenas!
¿Seguiremos siendo los animales de la fábula?**

=Colaboración directa=

Personajes y personillas estarán disputándose el puesto de honor en la realización de esta gran obra que es el muelle de Puntarenas. Y no es por cierto el honor imperecedero. Este será para aquellos que desenvuelvan su capacidad de sacrificio y luchen contra las acechanzas de adentro y de afuera que quieran hacerlo su presa. Conservar el muelle al servicio de los intereses de la nación, es la aspiración que debemos vivir y hacer vivir a las generaciones

venideras. Su importancia en la vida libre de Costa Rica es enorme. No permitamos que penetre en nuestra educación la noción que difunden de toda empresa nacional, de ser cosa difícil y costosa. Si empezamos por creernos incapaces para administrarla, pronto la abandonaremos al dominio y a la explotación ajenos.

Para querer su independencia nos basta ver con reflexión austera la suerte de Limón. Por torpeza, por ausencia de vi-

sión, dimos a la United Fruit Co. el muelle que el país había construido para hacer posible el tráfico marítimo por el lado atlántico. Y dejamos además a esa Compañía construir su propio muelle y adueñarse del ferrocarril, con lo cual la hicimos amo de nuestra salida al mar. La pensamos a eliminar competencias, a absorber el transporte. El resultado es la subordinación completa en que el país vive, el vasallaje que imprime la United Fruit Co. Controlando los muelles, controla los barcos que a ellos llegan, los pasajeros y la carga. El esmero estará siempre al servicio de sus navíos. Para los demás habrá estorbos, imposiciones que alejen la competencia.

Países como Costa Rica, con una única salida a cada océano, no deben permitir que sus muelles tengan dueño extranjero. En conservarlos como empresas de la nación, destinadas a hacer posible su libertad, debemos empeñarnos tenazmente. Perdido el Atlántico, nuestra salvación está en la obra del Pacífico. El mundo debe saber que hay un puerto al cual tienen acceso todas las naves, sin distinción de dueño ni de nacionalidad. Debe saber que hay construido en él el muelle que garantiza un trato decoroso, el muelle que un país levantó para no perder su independencia. Es urgente difundir el conocimiento de que es un muelle de la nación, de una nación libre. Sabrá el comercio marítimo mundial que por este puerto podrá desembarcar su mercadería contando con la protección honrada.

Pero al llevar afuera la noticia de un muelle que quiere encauzar hacia él un tráfico abundantísimo, debemos imponernos el deber de conservar ese muelle propiedad de la nación, controlado y administrado por la nación. Ahora ha sido fácil decir que se ha puesto al servicio en el año de 1930. Lo difícil será no poder decir que en el 1932 o 35 se dió en arriendo a tal compañía extranjera. Y decimos difícil, porque la indiferencia, el abandono, la torpeza y hasta la maldad con que estamos acostumbrados a tratar las cosas de la patria, nos inclina al aspecto sombrío. Por lo mismo que el muelle es obra de trascendencia, su conservación exige un gran sacrificio. Y no sabemos si seremos capaces de ofrecerlo. Estamos habituados a confiar que sean los demás los que hagan, los que hablen por nosotros. Adoptamos la actitud más cómoda, las que nos permitieron seguir los sucesos como espectadores. Mientras tanto el país vive en un sopor, mordidos sus intereses vitales por las tarascas más abominables. Pequeños grupos se arman para la defensa, pero el ejemplo no cunde. A ratos dan ganas de ir de casa en casa gritando a esa indiferencia su crimen, el crimen cometido contra la libertad. ¿Qué prepara esa inmensa cantidad de gente agazapada ante las astucias infernales del *trust* de la electricidad? Lo que se ve venir es terrible. Dominará la política y con ella impondrán su vasallaje sobre la electricidad. Sin embargo, no quieren ponerse de pie esos montones de gente sin noción de lo que es vivir bajo todas las esclavitudes imaginables.